

han alzado un monumento imperecedero en sus corazones.

Madres, no olvideis que Coriolano amaba la gloria solo por el placer que le causaba con ella á Volumnia.

¡Oh madres! Vosotras podeis ser las inspiradoras de los grandes heroismos.

Nada se resiste á vuestro poder.

Empleadlo con eficacia y recibireis la recompensa de Dios y de vuestros hijos.

MARÍA PÍA DE SABOYA

MADRE DEL FUTURO REY DE PORTUGAL.



LA MADRE DEL FUTURO REY DE PORTUGAL

CAPÍTULO VI.

La madre del futuro rey de Portugal.

I

UNA de las reinas más interesantes de Europa, es María Pía de Saboya, esposa de Luis I de Portugal.

La nación Lusitana se enorgullece, y con justo motivo, de poseer esta reina.

Cuando reinaba en Francia Enrique IV, decían los sabios de la época con referencia á su célebre Margarita: *Ver la corte sin ver á Margarita de Valois, es no haber visto ni la Francia ni la corte.* Nosotros podemos decir: «visitar á Portugal sin conocer á María Pía de Saboya, es no haber visto lo mejor de Portugal.» María Pía des-

lumbra por los encantos del espíritu, cual Margarita de Valois, y la sobrepaja en virtudes.

Angel de Caridad apellidará la historia á María Pía cuando haga su apoteosis; porque esta reina es para los desgraciados la blanca aurora que rasga encapotados horizontes, el astro que ilumina las nebulosidades de la existencia. En el alma de María Pía se albergan todas las virtudes: encanta como reina, entusiasmo como madre y admira como esposa. Dedicada exclusivamente á los puros goces del hogar, á la educacion de sus hijos, divide su existencia entre el amor de su familia y la proteccion á los desventurados. Bajo su regio manto cobija al huérfano, al enfermo y al anciano. Ella tiene un bálsamo para cada herida, una gota de esencia para cada infortunio, un antídoto para cada dolor. Cuando se halla en la cabecera de un moribundo se transfigura y adquiere el aspecto de la fé, la esperanza ó la piedad, suavizando los últimos momentos del agonizante. Médico de las almas, su persuasiva palabra convierte al impío, destruyendo con su célica mirada el escepticismo del mayor ateo. Ella erige la caridad en religion, ella es un apóstol del bien que nos lo hace amar, ella es un mensajero celestial encargado de inspirar la virtud.

Olvidada de sí misma para pensar en el desvalido, su paso por este mundo es una cadena no interrumpida de sacrificios y abnegaciones. La mision que se impone es una mision de paz y de amor. La madre de María Pía era una santa, y al volar al cielo debió difundir su

alma en la de su hija, verificándose la trasmigracion de que nos habla Pitágoras. Con el último beso le inculcó su madre todas sus virtudes.

¡Cuántas veces ha realizado este milagro el amor maternal!

María Pía heredó la santidad de María Adelaida.

En la ilustre hija de Víctor Manuel, se han perpetuado las bondades de la reina Doña Mafalda.

La nieta de Carlos Alberto es digna de las glorias de su preclara stirpe. Hállase dotada de cualidades que la hacen muy superior; á la ternura de su corazon se une su exquisita sensibilidad y el valor proverbial en los príncipes de la casa de Saboya. Contrasta con una energía viril rara en el sexo á que pertenece, su dulzura, que se amalgama con la noble altivez de su heroica progenie. Su corazon templado para la lucha, no vacila ante el peligro: los portugueses la han contemplado serena y tranquila acariciando á sus hijos, cuando las balas rompian los cristales de su palacio. Desafía la adversidad con la valentía de las antiguas heroínas. Aquella delicada figura seméjase moralmente á la enhiesta roca que el rayo no puede partir.

María Pía de Saboya es sentimental y reflexiva, seméjase á la Haydée de Lord Byron, aquella poética mujer tan dulce y melancólica que parece que sufre la nostalgia de un mundo mejor, aquella sublime mujer que vive soñando la perfeccion más ideal.

María Pía de Saboya es venerada por sus muchas

virtudes; pero lo que más la distingue es su gran corazón de madre, como lo prueba el hecho que vamos á referir. El día 2 de Octubre de 1873 hallábase la familia real tomando baños en Cascaes; la reina, que tiene gran simpatía por el mar, se dirigió á Mexilhoeiro acompañada de sus dos hijos, y se acercó á la orilla del Océano. El mar estaba muy agitado aquel día, pero la hija de Víctor Manuel, que es muy intrépida, no dió importancia al temporal y siguió paseando por las márgenes del Atlántico. Cuando más distraídos se encontraban todos, una ola estalló á los piés de los dos príncipes, arrastrándoles velozmente y envolviéndoles en sus espumas; ver esto la reina y arrojarse tras ellos fué obra de un segundo: allí luchó con las olas que le arrebatában sus amados hijos, y los tres hubiesen sucumbido, si los gritos de terror que lanzaron algunas damas de la comitiva régia, no hubieran atraído á algunos marineros, que arrojándose precipitadamente al mar, pudieron salvar á la reina y á los príncipes.

Este rasgo, digno del heroísmo de una madre espartana, conmovió extraordinariamente á las portuguesas, y desde entonces todas las madres han alzado en su corazón un altar á la reina María Pía, porque dicha señora representa el más alto ideal del amor materno.

Si todas las reinas se pareciesen á la de Portugal, no habría en el mundo un republicano. Si el secreto de no envejecer consiste en inspirar un amor inextinguible, si *On est jeune tant qu'on est aimé*, la reina María Pía dis-

frutará eterna juventud, porque esta reina impera en todos los corazones por medio del amor.

Ya que hemos perfilado su alma, hagamos un ligero boceto de su belleza física.

La belleza de esta reina no depende de la corrección de facciones ni de la pureza de las líneas del semblante, porque tiene un origen más elevado. La belleza de María Pía consiste en los reflejos que le presta la pureza de su alma, y en los resplandores de la inteligencia que iluminan su rostro, dándole una expresión llena de gracia y de movimiento. Es una belleza que tal vez no comprenderán los seres vulgares, pero que seduce á las almas superiores. La majestuosa figura de la reina es elegante y esbelta; sus dorados cabellos le forman una aureola, su mirada es profunda y tierna, su sonrisa es dulce é ingenua y su expresión meditabunda. El ángel de la melancolía extendió las alas sobre su frente imprimiendo en ella un tinte de tristeza que le presta gran encanto.

Hija de un pueblo artista, es natural que ame lo bello; el tiempo que sus sagrados deberes le dejan libre, lo consagra á cultivar el arte que Fídias, Praxíteles y Cánova inmortalizaron.

Respirando la inspiración en las brisas de Italia y teniendo constantemente á la vista los modelos de la belleza, se grabaron en su fantasía imágenes poéticas que traslada al mármol fácilmente.

Las princesas de nuestros días no se satisfacen con poseer la aristocracia de la sangre, han comprendido que

la aristocracia más valiosa es la del talento y por eso lo cultivan aplicándolo á las artes ó á las letras.

II

La aristocracia del talento es la verdadera aristocracia de nuestro siglo. En nada tenemos hoy los nacimientos de preclara estirpe, pues son estos un don debido á la casualidad, mientras que el talento cultivado supone aplicacion, estudio, trabajo, perseverancia. Las princesas y las damas de alta alcurnia lo juzgan así, y prefieren un rayo de gloria á los esplendores del trono ó á las irradiaciones de una corona ducal.

Algo han influido las costumbres para que las mujeres distinguidas se decidan á escribir y á presentar sus trabajos artísticos en las exposiciones. A principios de este siglo, la mujer de talento que queria verter sus ideas al papel, se cubria con el antifaz del seudónimo, mientras que hoy, la que tiene facilidad para comunicar al público sus pensamientos, se enorgullece de poderlo hacer.

Esto consiste en que á principios del siglo quedaba el recuerdo de mujeres que lo habian pospuesto todo á la pluma, creyendo tal vez de buena fé que el título de artista ó escritora las autorizaba para romper con las tradiciones anexas al sexo bello y con las preocupaciones que cada época impone. Con tales aberraciones, el título

de escritora ó artista asustaba á las gentes medrosas, pues en la opinion de éstas, ser artista ó literata era poseer una patente que permitia cometer las mayores rarezas, extravagancias y ridículas excentricidades. Entonces la escritora ó artista no tenia lugar definido en la sociedad, mientras que ahora es reconocida como miembro de una clase distinguida que marcha á la vanguardia del progreso.

La mujer *bas bleu* ha desaparecido desde que la escritora ó artista conociendo claramente su mision vive más en el hogar que en el club, porque ha comprendido que la mujer y la escritora es una dualidad que debe unificarse para que sea más encantadora. La artista ó literata de nuestros dias que ha nacido en buena cuna, quiere ser antes que nada señora, y á esto lo consagra todo, haciendo frecuentemente el doloroso sacrificio de nivelarse con inteligencias inferiores para no distinguirse entre ellas, y levantar á su paso tempestades de odio desencadenadas en contra suya.

La literata ó artista de nuestros dias de alta clase, es completamente femenina en su vida privada; habla como todas las damas distinguidas, recibe de igual modo, dirige las faenas domésticas, educa á sus hijos, y se viste con arreglo al último figurin. La literata de la época moderna conviene en que es más sensata la mujer que se doblega á la opinion que la que la desafía, y por eso se somete á ella.

El ridículo inherente al nombre de autora, se extin-